

## Elecciones en Francia: «Cuenta y Razón» de una derrota

Las elecciones presidenciales francesas han constituido una cierta sorpresa en casi todos los medios políticos. Y, sin embargo, no debía ser así. Cada vez es más difícil, después de un largo período de ejercicio del poder, conseguir una reelección. Prácticamente, desde Eisenhower, ningún presidente americano ha conseguido gobernar durante ocho años. Me decía Fierre Sallinger, uno de los grandes expertos en imagen política del mundo, que la televisión hace prácticamente imposible que un político pueda mantenerse en el poder, a título personal, durante un período de tiempo demasiado largo. Cuestión distinta es cuando las reelecciones se plantean a nivel de partido y para Asambleas Legislativas, Pero en los sistemas presidencialistas, el desgaste del presidente es mucho más acelerado que en otras épocas.

Y así ha ocurrido en Francia. En gran medida, la victoria de Mitterrand no es nada más que el fracaso de Giscard. Lo mismo ocurrió en Estados Unidos con el presidente Cárter. Con la diferencia de que, en términos objetivos, los siete años de Giscard fueron relativamente positivos, al menos en comparación con las otras naciones del mundo occidental. Por el contrario, los cuatro años de Cárter fueron desastrosos en casi todos los aspectos.

Sin embargo, el electorado francés no ha tenido en cuenta los datos objetivos, sino las imágenes, los gestos, las actitudes personales del hasta entonces presidente Giscard d'Estaing. Y, en un cierto sentido, ha pensado que siete años más de Giscard era excesivo.

El desgaste de Giscard ha sido mayor aún por utilizar con exceso la televisión, a pesar de su dominio del medio. Resulta difícil mantener el punto de equilibrio exacto en las apariciones televisivas. Una ausencia prolongada puede provocar un cierto vacío y hasta el olvido de un político. Una presencia excesiva puede acentuar la reacción de rechazo.

Por otro lado, en Francia se ha demostrado una vez más que la política tiene mucha más importancia que la técnica. La campaña electoral, para disgusto de técnicos y profesionales, no ha influido prácticamente nada en los resultados. Los franceses tenían en gran medida decidido su voto en función del ejercicio del poder durante siete años del presidente Giscard. Desde varias semanas antes, las encuestas daban 52-48 a favor de Mitterrand. Y ese fue el resultado final, a pesar de un enorme esfuerzo en todos los aspectos, incluido el económico, para hacer variar a la opinión pública.

Aunque sea muy brevemente, voy

a tratar de sintetizar, utilizando para ello los resultados de una encuesta posterior a las elecciones, que publica *Le Nouvel Observateur* en su número del 7 de junio, lo que podrían llamarse las «principales razones de una derrota».

### **£1 «rechazo» de uno de los candidatos**

Los franceses no querían a Giscard. Su modo de ejercer el poder no encajaba para nada en la mentalidad republicana y tradicional de Francia. Incluso sus mayores éxitos políticos eran mal interpretados y se aceptaban con desgana e incluso con irritación por sus conciudadanos.

Giscard estaba derrotado de antemano. En política, el electorado negativo, las posiciones a la contra, son muy difíciles de modificar. Los americanos no querían a Cárter y, naturalmente, ganó Reagan. Los franceses no querían a Giscard y ganó Mitterrand.

### **Los límites «técnicos» de una campaña electoral**

Desde el punto de vista técnico, las campañas electorales pueden ser extraordinariamente eficaces cuando «venden» un «producto» nuevo. En ese caso los ciudadanos, en cierta medida, no votan al candidato, sino a la imagen que se les da del candidato. Sólo entonces los profesionales, los técnicos, tienen un amplio margen de actuación. Su acierto en la presentación del candidato es importante, aunque nunca demasiado. Al final, lo decisivo es el propio candidato, pero la forma de «venderlo» a la opinión pública puede tener una gran influencia.

En el caso de un candidato que está en el poder, que está ejerciendo el po-

der desde hace años, y sobre todo si esos años son siete, la campaña electoral carece prácticamente de valor. Los ciudadanos no votan la imagen del candidato que crean los expertos, sino la actuación personal del político, que han podido valorar a lo largo de nada menos que siete años.

No era posible, técnicamente, «engañar» a los franceses. Cualquier ciudadano francés conocía a Giscard sobradamente y no se le podía confundir con promesas, con proyectos o con gestos. Giscard había ganado o perdido su reelección durante siete años, y los veinte días de campaña debían resultar, como así fue, prácticamente inútiles.

### **Giscard carecía de un auténtico partido político**

En el sistema democrático, los partidos políticos son las únicas organizaciones capaces de canalizar el sufragio universal y, por tanto, son instrumentos técnicos imprescindibles para ganar unas elecciones. Al menos, en una democracia consolidada y que funciona con normalidad. Otra cosa distinta se produce en un momento de transición política, donde el carisma personal del líder puede sustituir en cierta medida a la estructura política de los partidos.

Giscard fue a la reelección sin partido político, sin organización política. La UDF era una coalición de pequeños grupos, que jugó un papel importante en las elecciones legislativas, con el respaldo del entonces presidente Valéry Giscard d'Estaing. Pero como plataforma de apoyo para las presidenciales era prácticamente inexistente.

Por el contrario, Mitterrand disponía de un partido, de una organización política, que en los últimos cuatro años había conseguido convertirse en la primera de Francia. El Partido Socialista francés estaba asentado práctica-

mente en todos los municipios, en todos los pueblos y en todos los distritos electorales. Había obtenido un gran éxito en las elecciones municipales y había demostrado su fuerza en las últimas legislativas. Su capacidad operativa era incluso superior a la del Partido Comunista. Y esa máquina perfectamente preparada y organizada se volcó al final a favor de Mitterrand, superando diferencias de criterio e incluso ambiciones personales de algunos otros líderes socialistas, que renunciaron todos a favor de su candidato: François Mitterrand.

### **La división de los líderes políticos de la mayoría**

Así como Mitterrand consiguió un apoyo unánime y sin reservas de su propio partido, Giscard no consiguió lo mismo ni siquiera con su «mayoría parlamentaria». Es verdad que los comunistas franceses mantuvieron una actitud hasta cierto punto distante del candidato socialista. Pero nunca sostuvieron una posición contraria. Y en la segunda vuelta se manifestaron con toda claridad a favor de Mitterrand.

Por el contrario, la división en las filas de la «mayoría», del centro-derecha, fue absoluta. Los «gaullistas» no estaban dispuestos en absoluto a que Giscard continuara gobernando durante siete años. Trataron, en primer lugar, de situar a su propio candidato. Y en la segunda vuelta prefirieron hasta cierta medida el «suicidio» de tener un presidente socialista antes de tener un presidente incierto, indeciso e indefinido.

Una vez más, la derecha, tal y como preveía De Gaulle, estuvo dividida, y ni siquiera el sistema electoral a doble vuelta permitió superar los enfrentamientos internos entre los dirigentes de un sector social que se «sacrificó»

a favor de Mitterrand antes que dejar ganar a Giscard.

### **El electorado de Chirac hizo perder a Giscard**

Tal y como decía antes, a Giscard le fallaron sus partidarios, al menos «teóricos». En este tema, las cifras son muy claras. En la segunda vuelta, de los votantes comunistas, el 92 por 100 votó a Mitterrand y sólo el 2 por 100 a Giscard. Por el contrario, nada menos que el 16 por 100 de los que votaron a Chirac se inclinaron en la segunda vuelta por el candidato socialista, y tan sólo el 73 por 100 votó a Giscard d'Estaing.

### **El deseo de cambio «jugó» contra Giscard**

De acuerdo con la encuesta que publica *Le Nouvel Observateur*, para un 42 por 100 de los franceses la razón principal de haber votado a favor de Mitterrand es que «tenía la *voluntad de llevar grandes cambios* a la sociedad francesa». Además, y ello tiene que ser muy triste para el ex-presidente francés, un 29 por 100 de sus conciudadanos declara haber votado a Mitterrand porque «era *la única manera de desembarazarse de Giscard*».

### **El inmovilismo y el paro «sentenciaron» a Giscard**

Efectivamente, también los resultados de la encuesta son nítidos en este aspecto. Por un lado, un 26 por 100 de franceses consideraba *inadmisible que un presidente de la República pudiera gobernar durante catorce años*. El «inmovilismo» de tener a la misma

persona al frente de la República tanto tiempo producía el rechazo de casi una cuarta parte del electorado. Giscard tenía que conocer ese dato y debía haberlo valorado políticamente.

Por otro lado, un 44 por 100 de los electores afirma que «Giscard d'Es-taing no supo luchar eficazmente contra el paro». En los países latinos, el tema del paro acaba siendo un factor electoral de primera magnitud y casi decisivo. Lo ha sido en Francia, con un porcentaje de parados no demasiado alto, y puede serlo con mucha más razón en España.

Por el contrario, el «asunto de los diamantes» y las otras críticas planteadas a Giscard en cuanto a sus actuaciones personales tuvieron una influencia muy pequeña en la votación. Los franceses eligieron a su presidente por razones políticas y no por chismes o querellas de «patio de vecindad».

### **Las clases medias abandonaron a Giscard**

Aquí está probablemente *la clave sociológica de las elecciones*. Giscard fue elegido por el centro-derecha, por las clases medias. Y gobernó contra ellas o al margen de ellas. Giscard fue quizá un aceptable presidente para Francia, pero no lo fue para su electorado.

Ese es quizá el drama de las posiciones centristas. Antes de una elección atraen inevitablemente a los sectores más moderados de la población, que son mayoritarios. Después de la elección, y ya en el ejercicio del poder, tienen que adoptar posiciones y medidas de compromiso, inclinarse hacia la derecha o hacia la izquierda y acaban «traicionando» de alguna manera a sus electores. Al menos, en apariencia.

Los cuatro medios: los empleados, los funcionarios, los profesionales y

técnicos, las «clases medias» en sentido sociológico, votaron un 62 por 100 a Mitterrand y un 38 por 100 a Giscard. Prácticamente lo contrario que en 1974.

### **El voto de los pensionistas no fue decisivo**

Si en Francia no hubieran podido votar las personas de más de sesenta y cinco años, es decir, los pensionistas, los retirados, el resultado hubiera sido 62-38 a favor de Mitterrand.

Entre las personas de dieciocho a veinticuatro años, el electorado se dividió en partes iguales entre los dos candidatos. Por el contrario, en el segmento de población entre veinticinco y treinta y cuatro años, el voto fue masivamente a favor de Mitterrand. En el segmento de población de más de sesenta y cinco años, un 48 por 100 votó a Giscard, y sólo un 28 por 100 a Mitterrand.

Se produce aquí, como en todos los países, un voto a favor del poder constituido. Las personas mayores, los pensionistas, tienden siempre a votar a la persona que encarna el Estado. En este caso, esa persona era Giscard, y le votaron.

### **Esta vez no influyó «el voto del miedo»**

En el último momento, Giscard intentó, tal y como ya se había hecho en ocasiones anteriores, inclinar a su favor «el voto del miedo». En el «cara a cara» televisivo con Mitterrand insistió una y otra vez en las consecuencias negativas que tendría para Francia la elección del candidato socialista. Dibujó en tonos sombríos un horizonte cargado de amenazas. Pero esta vez no sirvió para nada. Quizá porque los

franceses tenían más miedo a que Giscard continuara de presidente que a la incógnita que pudiera representar la llegada de Francois Mitterrand.

Por otro lado, Mitterrand tuvo la oportunidad durante treinta minutos, al día siguiente del «cara a cara», de rebatir una por una, lo que él llamó «las mentiras» de Giscard. Fue, probablemente, el programa televisivo más importante de toda la campaña electoral.

En todo caso, la estrategia del Partido Socialista francés durante los últimos años, su actuación en los organismos municipales, provinciales y regionales, la estrategia política perfectamente estudiada durante toda la campaña, hicieron posible que los franceses olvidaran por una vez «el miedo a la izquierda» y votaran a favor del «cambio».

En esta decisión influyó extraordinariamente la habilidad, la prudencia y el tacto político de Mitterrand, espe-

cialmente en sus relaciones con el Partido Comunista. Sin romper totalmente con ellos, Mitterrand supo mantener la imagen de independencia y dejó bien claro que no aceptaba, en principio, ningún compromiso con los comunistas. Se presentó como el presidente de todas las fuerzas políticas francesas partidarias del cambio y de la renovación y evitó toda alusión a revoluciones políticas y sociales, para inscribir su campaña política de lleno en el plano de la reforma, del cambio y del progreso.

Ahora, los franceses tendrán la oportunidad de juzgar, durante los próximos siete años, si Mitterrand cumple o no con sus compromisos. Y de ese análisis, de esa valoración, dependerá una posible reelección de Francois Mitterrand o de otro candidato del Partido Socialista francés.

\* \* \*

## NOTAS ANTICIPADAS SOBRE LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS

Aunque en el momento de entregar este artículo todavía no han tenido lugar las elecciones legislativas, parece posible e incluso interesante apuntar algunas ideas sobre las mismas, con todo el riesgo de error cuantitativo pero con la esperanza de acierto en el análisis político.

### **En política, la «perplejidad» produce abstención**

Lo mismo que en nuestro país, a partir de 1979, la primera conclusión lógica que se deriva de las elecciones presidenciales es que, al menos en la

primera vuelta de las legislativas, el número de abstencionistas aumentará notablemente.

No se puede confundir a la opinión, no se puede provocar la perplejidad de los electores y luego pensar que los ciudadanos van a votar. El elector necesita tener muy clara cuál es su opción política antes de depositar su voto. La verdad es que la campaña presidencial, con el enfrentamiento radical, furibundo, inconcebible, entre los dos sectores de la mayoría, entre las fuerzas políticas que encarnan la derecha en Francia, ha sumido en la perplejidad a los franceses.

Todavía en las presidenciales se tra-

taba de elegir entre dos personas concretas, pero en las legislativas hay que elegir partidos y programas. No parece posible que los franceses sepan en estos momentos si pueden o no elegir a unos candidatos que representan a las dos facciones que han estado criticándose, insultándose y atacándose durante más de dos meses.

No se puede desconcertar a los electores; no es posible que las críticas procedan de una misma familia política; no se pueden anteponer ambiciones personales a programas y a partidos. O si se hace, el resultado suele ser la abstención y la derrota. En Francia o en España.

### **La «anestesia» del electorado**

Es evidente que Mitterrand, al adelantar las elecciones, ha jugado con el efecto «anestesia» que ha producido en los franceses el resultado de las presidenciales. El electorado no ha tenido tiempo de reaccionar, de hacerse cargo de la nueva situación, y, por tanto, votará por inercia en el sentido que más favorece a los socialistas.

Más aún si el Gobierno de los últimos treinta días, en lugar de ser el Gobierno de Francia ha sido, en verdad, el Gobierno del Partido Socialista. Todas las medidas adoptadas, todos los gestos, todas las decisiones políticas, económicas y sociales se han tomado con una sola finalidad: ganar las elecciones. Si cualquier Gobierno, no de izquierdas, se hubiera atrevido a plantear con tal «descaro» la utilización de los resortes gubernamentales a favor de su propio partido, las críticas hubieran sido demoledoras y probablemente no hubiera podido hacerlo.

Sin embargo, el Gobierno socialista ha actuado con absoluta tranquilidad y ha llevado a cabo todo aquello que piensa puede favorecerle en los resul-

tados electorales. Y, lógicamente, debe ser así, aunque la base ética de esa actuación sea muy discutible.

### **El «ciclón rosa»**

El 14 de junio Francia se teñirá de rosa. Terminarán los blancos, los azules y los rojos. La «fiebre rosa» debe extenderse por todo el país. El éxito del Partido Socialista está garantizado y, en principio, debe aspirar a la mayoría absoluta en el Parlamento, es decir, a más *de* doscientos cuarenta y seis diputados.

Puestos a tener una política socialista, los franceses pensarán que lo mejor es darles una mayoría absoluta,, para evitar que tengan que contar con los votos comunistas y, sobre todo,, para garantizar la gobernabilidad del Estado.

Parece muy difícil evitar el huracán socialista, que va a encontrarse con una débilísima resistencia por parte de la antigua mayoría, perfectamente quebrantada, y que tampoco debe tener un enemigo importante en un Partido Comunista que está en la cota más baja a nivel electoral desde 1945.

### **El «hundimiento» del Partido Comunista**

Un 16 por 100 es una cantidad apreciable de electores. Casi cinco millones de franceses siguen votando comunista. Pero si el Partido Socialista, su enemigo tradicional en la izquierda, rebasa la cota del 35 por 100, los comunistas quedan prácticamente «fuera de juego», más aún si, como consecuencia del sistema de doble vuelta, los socialistas consiguen la mayoría absoluta de diputados. En ese caso, los comunistas ya no serán necesarios y, por tanto, su influencia quedará claramente dismi-

nuida. De hecho, se llegará a una posición muy parecida a la de Centrou-ropa.

Sin embargo, esto no es exactamente así. Aunque el Partido Comunista vea debilitada su posición en el Parlamento, reduciendo su número de diputados casi a la mitad, unos cuarenta o cincuenta, el Partido Comunista Francés no es el de Alemania o el de Bélgica o el de Dinamarca. El PCF tiene una gran influencia en los sindicatos, en la calle, en la dinámica política y social de Francia.

Por ello, es muy posible que aunque los socialistas no los necesiten para tener la mayoría en la Asamblea Nacional, quieran incorporarles al Gobierno, con tres o cuatro ministros, para comprometerles, para evitar que se produzca la crítica desde la izquierda, una vez que tienen garantizada la crítica de la derecha.

No parece lógico que Mitterrand cometa el error de convertirse en centro de todos los ataques. Resulta casi imposible gobernar, aunque se disponga de la mayoría absoluta, cuando los ciudadanos reciben sistemáticamente críticas feroces y negativas desde los dos extremos del arco político, es decir, desde la derecha y desde la izquierda. Los socialistas harán todo lo posible para evitar la crítica de la izquierda.

### **Chirac ha «dinamitado» la derecha francesa**

El error de cálculo de Chirac es sin duda el principal responsable de que en sólo tres años Francia haya oscilado de la derecha a la izquierda, de una forma casi traumática.

Chirac pensó que podría capitalizar la derrota de Giscard y arriesgó mucho en un juego político peligrosísimo, logrando su primer objetivo, pero a costa de un precio probablemente excesivo.

No parece posible que el 14 y 21 de junio Chirac obtenga ningún fruto de su demoledora «campana» contra Giscard. No parece posible que el electorado de derechas en Francia se recupere y que vote masivamente a favor de Chirac o de la Unión para la Nueva Mayoría. Por el contrario, lo lógico es que se sitúe en una posición de perplejidad, de malestar profundo, de «anestesia», de descontento, de frustración y de abandonismo.

Actuaciones como la de Chirac tienen más riesgos que ventajas. Romper la «mayoría» en el poder no debe hacerse nunca desde la propia «mayoría». Naturalmente que nadie está de acuerdo con todo lo que hace el Gobierno, pero los que apoyan a ese Gobierno deben pensar en los riesgos de que gane la oposición y, por tanto, se produzca una política todavía más negativa que la anterior.

Este es un tema también de especial importancia para los políticos españoles.

### **La «esperanza» de la segunda vuelta**

Como es lógico, y a la vista de los resultados de la primera vuelta, la derecha pensará que su «gran esperanza» está en la segunda. Si la victoria socialista es abrumadora, muchos franceses recapacitarán y tratarán de disminuir la ventaja alcanzada por la izquierda. Sin embargo, es muy difícil que se produzcan cambios sustanciales en los resultados finales.

Lo único que sí parece lógico es que en la segunda vuelta disminuya la abstención. De no ser así, querría decir que el daño producido en la derecha por el enfrentamiento entre Chirac y Giscard es mucho más profundo de lo que parece y que se necesitará mucho más tiempo para restañar las heridas.

En ese caso, Francia puede deslizarse peligrosísimamente hacia posiciones radicalizadas de la izquierda, al no tener contrapeso ninguno en la derecha.

Un pronóstico técnico lógico lleva a la conclusión de que en la segunda vuelta debe aumentar el número de electores y que esos electores deben inclinarse a favor de la antigua mayoría, es decir, a favor de los grandes derrotados en la primera vuelta.

### **La gran duda: ¿el rojo o el rosa?**

Partiendo de la base de que las elecciones den el triunfo a los socialistas, la gran incógnita política que se plantea es la de saber en qué sentido va a producirse la política de Mitterrand y de su Gobierno.

Caben dos opciones: o bien las actitudes, los gestos, los programas y las promesas han sido una pura estrategia y táctica electoral para alcanzar la mayoría, en cuyo caso el Gobierno francés adoptará posiciones radicales y de carácter revolucionario, con todos los riesgos que ello entraña, o bien Mitterrand y los socialistas son sinceros y una vez conseguida la victoria van a ser consecuentes con sus programas y sus promesas. En este segundo caso, Francia entraría en cierto sentido en la vida de la socialdemocracia centroeuropea y, por tanto, no se producirían traumas ni cataclismos.

Mitterrand tiene que elegir entre una política de «frente popular», que aislaría a Francia de Occidente y que se convertiría en un foco permanente

de carácter revolucionario, o adoptar la vía «centroeuropea» de un socialismo democrático, partidario de las libertades y basado en unos principios éticos, que permitirían a Francia, con todos los cambios precisos, mantenerse dentro del modelo de sociedad occidental.

La gran incógnita, por tanto, se plantea en términos muy simples. A partir del 21 de junio Francia debe optar entre el rojo o el rosa. De su elección depende no sólo la política francesa, sino también, y en gran medida, la evolución política de Europa. Y, por supuesto, la de España.

El tiempo, un tiempo muy corto, tiene la respuesta.

### **Anejo documental**

Pienso que puede ser de interés terminar este artículo con una breve referencia a dos libros que han tenido importancia durante la campaña electoral y que de alguna forma expresan el pensamiento de los dos candidatos:

- *Id et maintenant*, de François Mitterrand, ha sido sintetizado por el escritor y periodista Lorenzo López Sancho.
- *L'État de la France*, de Valéry Giscard d'Estaing, ha sido reseñado por Patricia Jáuregui, jefe de Gabinete en FUNDES.

Ambas reseñas figuran en la sección «Noticia de libros» de este número.

R.A.\*

\* 1935. Técnico de Información del Estado.